C. EL TRATO FILIAL CON DIOS EN EL *PADRENUESTRO*

Dice S. Tomás que la primera cosa que se requiere para cumplir de manera perfecta el precepto del amor a Dios es «repasar los beneficios recibidos».[1] Nada atrae tanto a la respuesta de amor como el sentirse amados, de ahí la importancia de considerar los beneficios recibidos de Dios. «Hace falta ejercitarse continuamente en pensamientos buenos. *Se caldeó dentro mi corazón* (Ps 38, 4). Si quieres, pues, alcanzar el amor a Dios, cultiva esos pensamientos. Sería como un alcornoque quien, considerando los beneficios que ha recibido, los peligros de que ha escapado, y la bienaventuranza que Dios le promete, no se inflamase en amor divino».[2]

¿Cómo poner en práctica la consideración de la filiación divina, para honrar a Dios y vivir según esta dignidad?[3] Son varios los comentarios que Santo Tomás hace del *Padrenuestro*;[4] citaremos el que tuvo su origen en sus sermones de Nápoles (1273);[5] pero el que más claramente insiste en estas verdades es el que

---

[1] «Sed ad hoc quod istud præceptum dilectionis possit perfecte impleri, *quatuor* requiruntur. *Primum* est divinorum beneficiorum rememoratio» (cf. 1 Par 29, 14; Eccli 47, 10): *Duo præcepta caritatis*, *De dilectione Dei* [1160].

[2] «Est bonorum continua cogitatio. Ps 38, 4: *Concalvit cor meum intra me*. Si ergo vis divinum amorem consequi, mediteris bona. Durus enim nimis esset qui divina beneficia quæ consecutus est, pericula etiam quæ evasit, et beatitudinem quæ sibi a Deo repromittitur, cogitans, ad divinum amorem non accenderetur», *Duo præcepta caritatis*, c. 5 [1156]

[3] Observamos que no es algo secundario en el Evangelio, ocupa lógicamente un lugar importante: podemos decir que la «Buena Nueva» está resumida por San Mateo en el Sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7), que expresa la vocación de los hijos de Dios, quedan por esta consideración iluminadas todas las acciones y las actitudes características de la vida cristiana, en la esperanza (aun en las tribulaciones) de las bendiciones y recompensas ya incoadas en la vida. Cf. también ECC 2763.

[4] De 1254 a 1274 preparó cinco exposiciones de la oración dominical. «De esta forma entronca, además, con una inveterada tradición de la literatura cristiana, que, arrancando de comentadores tan ilustres de primera hora como Orígenes, San Cipriano, San Ambrosio, el Crisóstomo y San Agustín, pasa por Santa Teresa y el Catecismo Romano, y llega hasta nuestros días»: *Introducción al comentario del Padrenuestro*, en *Escritos de catequesis*, cit., p. 118. Al hilo de las peticiones, «va componiendo con maestría indiscutible la teología del Padrenuestro: la filiación divina -y los hijos deben a sus padres honor, imitación, obediencia-; la fraternidad sobrenatural; la esperanza del cielo; la pasión de la gloria divina y de que los hombres le conozcan y le amen, cumpliendo su voluntad; el abandono en su providencia paternal; la humildad esperanzada ante su misericordia, no obstante nuestras miserias; la seguridad en el auxilio divino ante la tentación; la convicción de que, en Dios, todo es para bien; etc., son como un río abundante que nutre la fe y la devoción, estimulando nuestra invocación filial»: *Ibid.*, p. 119; cf. también ECC 1820.

[5] Estos escritos litúrgicos y de predicación (ya hemos citado antes también el *Super Symbolum Apostolorum Expositio*, y el *De duobus præceptis caritatis et decem legis præceptis*, del mismo tiempo) son «reportationes», apuntes de los sermones que predicó en la cuaresma de 1273, pasadas del dialecto napolitano al latín, y reelaborados por Pedro de Andría: transformadas -

abarca la segunda parte del *Compendium Theologiæ*, hasta su final inacabado, precisamente al tratar de la virtud de la esperanza. Al comenzar esta segunda parte, indica el Aquinate que es muy necesaria la oración, «por causa del mismo hombre que ora, a fin de que considere sus defectos e incline su corazón a desear ferviente y piadosamente lo que espera conseguir orando, y de este modo se haga idóneo para recibir».[6] «Detengámonos también en el hecho de que esperamos en Dios por Cristo: *justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo: por el cual, asimismo, en virtud de la fe, tenemos cabida en esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios* (Rom 5, 1-2). Llegamos a ser hijos adoptivos de Dios por su Hijo único y natural: *envió Dios a su Hijo... a fin de que recibiésemos la adopción de hijos* (Gal 4, 4-5). Debemos, pues, invocar a Dios como nuestro Padre, de manera que no se menoscabe el privilegio del Hijo Unigénito; y por esto afirma San Agustín: "no te atribuyas nada de una manera especial. Dios es especialmente Padre sólo de Cristo; de nosotros es Padre en común, porque sólo engendró a Aquél. A todos nosotros nos creó, y por eso se dice *Padre nuestro*».[7]

1. La oración filial: el *Padrenuestro*

La oración filial -el Padrenuestro- es central en el Evangelio y en la vida cristiana; el Señor la propone como modelo de oración y aunque no se explicite continuamente, ni siquiera se ponga de manifiesto de modo explícito por parte del Aquinate en muchos de los comentarios, toda ella dice relación a Dios como Padre, y es una oración confiada: «*Salvarás, Señor, a los hombres (...) los hijos de los hombres esperarán a la sombra de tus alas* (Ps 25, 7-8), como protegidos por un especial cuidado. Aún debemos considerar que la agregación de una perfección confiere al mismo tiempo la facultad de hacer o adquirir alguna cosa, a la manera que el aire, iluminado por el sol, tiene la facultad de llegar a ser el medio de la

---

a la muerte de Tomás- en comentarios escolásticos. Las *Collationes super Pater Noster* son otro de estos textos.

[6] «Sed oratio ad obtinendum a Deo est homini necessaria propter seipsum qui orat, ut scilicet ipsemet suos defectus consideret, et animum suum flectat ad ferventer et pie desiderandum quod orando sperat obtinere: per hoc enim ad recipiendum idoneus redditur»: *Comp. theol.*, II, c. 2 [546].

[7] «Considerandum est etiam, quod spes nostra est ad Deum per Christum, secundum illud Rom 5, 1: *iustificati ex fide pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Iesum Christum, per quem habemus accessum per fidem in gratiam istam, in qua stamus, et gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei*. Per ipsum enim qui est unigenitus Dei Filius naturalis, efficimur filii adoptivi, quia, ut dicitur Gal 4, 4, *misit Deus Filium suum..., ut adoptionem filiorum reciperemus*. Tali igitur tenore Deum Patrem profiteri debemus, ut privilegio unigeniti non derogetur, unde Augustinus dicit: noli tibi aliquid specialiter vindicare. Solius Christi specialiter est Pater, nobis omnibus in communi Pater est, quia illum solum genuit, nos creavit. Et ideo dicitur, pater noster». *Comp. theol.*, lib 2, c. 5; C. BERMUDEZ, *o. c.*, pp. 116-118.[8]

visión, y el agua, calentada por el fuego, la facultad de cocer, si tuviera sentidos».[8]

Después de señalar la potencialidad de obrar que tienen los seres según su dignidad, pasa a referirse al hombre y a su condición de hijo de Dios, en relación con la oración filial del *Padrenuestro*, como el modo propio de rezar del que tiene el espíritu de adopción: «Y el hombre, además de la naturaleza de su alma, tiene la perfección de la gracia, por la que se hace partícipe de la divina naturaleza, como se lee en la segunda carta de San Pedro (cf. 2 Petr 1, 4), y en virtud de esto decimos que somos regenerados en hijos de Dios, según estas palabras de S. Juan: *les dio potestad de ser hijos de Dios*. Es así que los hijos pueden justamente esperar la herencia de su padre, según estas palabras de la epístola a los Romanos, 8: *si somos hijos suyos, también herederos*; luego en virtud de esta regeneración espiritual, el hombre debe tener mayor esperanza en Dios (...). Como en virtud del espíritu de adopción que hemos recibido exclamamos: *Abba, Padre nuestro*, según se lee en Rom, 8 el Señor, para enseñarnos lo que debemos pedir en estas esperanzas, empezó su oración con la invocación del Padre, diciendo: *Padre*. De este modo también, diciendo el hombre *Padre*, está afectuosamente dispuesto a orar con pureza y obtener lo que espera».[9]

Va glosando el Aquinate algunos aspectos de la oración, pero podemos subrayar aún uno, que indica a renglón seguido: «Los hijos deben imitar a sus padres, y, por consiguiente, el que reconoce a Dios como Padre debe esforzarse por imitarle, evitando aquellas cosas que no le hacen semejante a Dios, y buscando las que a Dios nos asimilan. En Jeremías, III, se lee: *Me llamarás Padre, y no cesarás de ir en pos de mí*. Luego si, como dice Gregorio Niseno, os ocupáis de las cosas del mundo o deseáis la gloria humana, o las miserias del

---

8 .id l

«*Homines et iumenta salvabis (...) Filii autem hominum in tegmine alarum tuarum sperabunt* (Ps 25, 7-8), quasi speciali quadam cura protecti ab ipso. Ulterius autem considerare oportet, quod perfectione quacumque accedente, superadditur facultas aliquid faciendi vel adipiscendi, sicut ær illuminatus a sole facultatem habet ut possit esse medium visionis, et aqua calefacta ab igne facultatem habet decoquendi, et hoc sperare posset si sensum haberet»: *Comp. theol.*, lib. II, c. 4 [553-554].

.id s

9 «Homini autem supra animæ naturam additur perfectio Homini autem supra animæ naturam additur perfectio gratiæ, per quam efficitur divinæ consortes naturæ, ut dicitur 2 Petr 1, 4; unde et secundum hoc dicimur regenerari in filios Dei, secundum illud Io 1, 12: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Filii autem effecti convenienter possunt hereditatem sperare, secundum illum Rom 8, 17: *Si filii et heredes*. Et ideo secundum spiritualem regenerationem possunt hereditatem sperare (...). Et quia per spiritum adoptionis quem accepimus, clamamus *Abba, pater*, ut dicitur Rom 8, 15, ideo Dominus ut ex hac spe nobis esse orandum ostenderet, suam orationem a Patris invocatione inchoavit dicens, *Pater*. Similiter etiam ex hoc quod dicitur, *Pater*, præparatur hominis affectus ad pure orandum, et ad obtinendum quod sperat»: *Comp. theol.* lib. 2, c. 4 [554-555].

apetito pasible, ¿cómo viviendo una vida de corrupción podéis llamar vuestro Padre al ser generador de la incorruptibilidad?».[10]

Es también la proclamación de las bienaventuranzas, las cuales trazan el camino hacia el cielo a través de las pruebas de esta vida. También esta oración está muy en relación con los dones del Espíritu Santo, pues siendo todas las situaciones ocasión de ejercerlos, se comprende que deben de ser objeto de petición a Dios como todas las cosas que necesitamos para obrar bien y que no podemos conseguir sin el auxilio divino. Por esto S. Tomás incluye también todos los dones del Espíritu Santo en las peticiones del Padrenuestro.[11] «Por ser necesaria la esperanza después de la fe para la salvación, era conveniente que nuestro Salvador, que había sido constituido autor y consumador de nuestra fe, por ser depositario de los misterios celestiales, fuera también Quien nos introdujera en la fuente viva de la esperanza enseñándonos un modo de orar que excitase al máximo nuestra esperanza en Dios, pues El mismo es quien nos enseña lo que debemos pedirle (...) nos muestra qué debemos esperar, cuando nos enseña qué debemos pedir».[12]

Esta oración enseña cómo orar (cf. Lc 11, 1-2; cf. Mt 6, 9), a poner nuestra confianza en Dios (cf. Rom 8, 24) y esperar en la misericordia paterna de Dios y en sus promesas (cf. 2 Tim 4, 7-8; Iacob 1, 12), cosa que se lleva a cabo rezando piadosamente el Padrenuestro, que es una conversación afectuosa en la que le adoramos en espíritu y en verdad (cf. Io 4, 23); y esta familiaridad, producida por la súplica, dispone a orar de nuevo con más confianza.[13] Esta confianza que el hijo de Dios tiene en el Padre es certísima, dice S. Tomás, porque *no se ha encogido la mano de Dios* (Is 59, 1), porque *el Señor es bueno para los que*

---

[10] «Debent etiam filii imitatores parentum existere, unde qui patrem Deum confitetur, debet conari ut Dei imitator existat, vitando scilicet illa quæ Deo dissimilem reddunt, et his insistendo quæ nos Deo assimilant: unde dicitur Ier 3, 19: *Patrem vocasti me, et post me ingredi non cessabis*. "Si ergo (ut Gregorius Nyssenus dicit) ad res mundanas intuitum dirigis, aut humanam gloriam ambis, aut sordes passibilis appetitus: quomodo qui corrupta vivis vita, patrem vocas incorruptibilitatis genitorem?»: *Comp. theol.*, lib. 2, c. 4 [555].

[11] Santo Tomás, siguiendo la gran literatura cristiana, comenta la filiación divina y la oración dominical en múltiples sitios -basta pensar en su tratado sobre la oración, en todos los artículos de esta cuestión 83. Se ha señalado en ellos la importancia del «estudio de la filiación divina, que el Santo deduce de las palabras "Padre" y "nuestro", al presentar la oración dominical, y la excelente armonía alcanzada -al analizar cada una de las peticiones- entre dones y frutos del Espíritu Santo, las virtudes sobrenaturales y las ocho bienaventuranzas, al modo de un excelente compendio de teología»: J. I. SARANYANA, *Nota del editor*, en *Escritos de catequesis*, cit., p. 17.

[12] «Quia igitur ad salutem nostram post fidem etiam spes requiritur, opportunum fuit ut Salvator noster sicut auctor et consummator nobis factus est fidei reservando cælestia sacramenta; ita etiam nos in spem vivam induceret, nobis formam orandi tradens, per quam maxime spes nostra in Deum erigitur, dum ab ipso Deo edocemur quid ad petendum induceret nisi proponeret exaudire, nullusque ab alio petit quæ sperat, et ea ipse petit quæ sperat», *Comp. theol.*, II, c. 3 [549]; cf. c. 2 [547].

[13] Cf. *ibid.*, c. 4 [550].

esperan en El, para el alma que le busca (Lam 3, 25). Todo el que pone su confianza en Dios, jamás se sentirá defraudado (cf. Rom 5, 5; *Ibid.* [552]), pues sólo Dios colma todos los deseos del corazón humano: «Pues sólo Dios los sacia, y aun los excede infinitamente; por eso el hombre no descansa sino en Dios: "Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está intranquilo hasta que descanse en ti" (Agustín, *Confes.*, 1) (...). Por ello, el Señor dice: *Entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25, 21). Y Agustín comenta: "El gozo entero no entrará en los que gozan, sino que los que gozan enteros entrarán en el gozo". *Cuando aparezca tu gloria quedaré saciado* (Ps 16, 15). *El colma de bienes tus deseos* (Ps 102, 5) (...) *mira cómo se los ha contado entre los hijos de Dios* (Sap 5, 5)».[14]

La pedagogía de Jesús nos enseña a tratar a Dios Padre. Considera S. Tomás, al comentar la agonía de Cristo en el huerto, que Jesús reza con la finalidad de instruirnos.[15] Así, en la oración del huerto muestra la interioridad y la confianza filial de su alma, en la manifestación de los sentimientos, y en la aceptación de la voluntad del Padre que antepone a todo lo demás.[16] Jesús nos enseña su filiación divina, natural, y al mismo tiempo nos muestra cómo vivir la nuestra.[17] Ya nos hemos referido a algunas ideas sobre estos puntos a lo largo de las páginas anteriores (cap. III, A), y aquí podemos glosar algunas citas del Aquinate, donde se insiste en que en el *Padrenuestro* está englobada toda petición: «La oración

---

[14] «Deus enim solus satiat, et in infinitum excedit: et inde est quod non quiescit nisi in Deo, Augustinus, in I Conf.: *Fecisti nos, Domine, ad te, inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Et quia sancti in patris perfecte habebunt Deum, manifestum est quod satiabitur desiderium eorum, et adhuc gloria excedet. Et ideo dicit Dominus, Mt 25, 21: *Intra in gaudium Domini tui*. Augustinus: *Totum gaudium non intrabit in gaudentes, sed toti gaudentes intrabunt in gaudium*. Ps 16, 15: *Satiabor cum apparuerit gloria tua*; et iterum 102, 5: *Qui replet in bonis desiderium tuum*»: *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 12 [1012].

[15] Cf. *S. Th.*, III, q. 21, a. 1.

[16] Tanto en *Catena aurea in Mc*, c. 14, lec. 8, como en otros lugares (*In ad Rom.*, c. 8, lec. 3; *In ad Gal.*, c. 4, lec. 3) con palabras casi iguales señala también que las dos expresiones *Abba* y *Pater* significan la universalidad a la que se extiende la filiación divina.

[17] Cf. *In Mt Ev.*, c. 26 [2230]. Aquel que es autor de todo poder no reza porque le falte algo sino que como maestro de obediencia nos exhorta con su ejemplo a los preceptos de la virtud (cf. *S. Th.*, III, q. 21, a. 1 ad 1). Nos dice que hemos de acudir a Dios en la tribulación, y que la oración ha de ser humilde, solícita y devota (cf. *In Mt Ev.*, c. 26 [2218-2219, 2230]). Y el Señor a los que hizo partícipes de contemplar su divinidad les hace conocer su debilidad humana: *triste está mi alma hasta la muerte* (Mt 26, 38) (cf. *Ibid.* [2221-2224]). En su oración al Padre, afirma: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste: verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu* (Mt 26, 39). La petición de Cristo -sigue diciendo S. Tomás- alude al deseo de vivir natural, de una parte, y de otra la aceptación de la voluntad de Dios que responde al movimiento superior de la razón por el que considera que todo está sujeto a los planes de la divina sabiduría (cf. *Comp. theol.*, c. 233 [495]; *In Mt Ev.*, c. 26 [2230-2232]). Con lo cual enseña que es hombre, que es lícito sentir o querer (*aliquid velle*) el afecto natural de algo que Dios no quiere, y al mismo tiempo demuestra que debemos someter nuestra propia sensibilidad a la voluntad divina (cf. *S. Th.*, III, q. 21, a. 2 c.; cf. a. 4 c.): quiere de modo absoluto la voluntad del Padre, de modo condicional lo que pedía en la oración. Para las dos voluntades cf. tb. *In Mt Ev.*, c. 26 [2232]; y J. STÖHR, *Reflexiones teológicas en torno a la libertad de Cristo en su Pasión y Muerte*, en AA.VV., «Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre», cit., pp. 805-849.

dominical es la más perfecta de las oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad».[18]

¿Qué significa este "formar la afectividad"? Podríamos pensar que el cultivo gozoso de esta consideración lleva a una vida de afecto como hijo de Dios. Y en cierto modo es así, el Aquinate se refiere al hijo de Dios que hace así suyos los sentimientos de Cristo: «En virtud del espíritu de adopción que hemos recibido, exclamamos: *Abba (esto es), ¡oh Padre mío!* (Rom 8, 15); y el Señor, para enseñarnos qué debemos pedir por esta esperanza, empezó su oración por la invocación del Padre, diciendo: *Padre*».[19]

Pero, ¿hasta qué punto esa ternura filial de llamar a Dios *Abba, Pater* (cf. Rom 8, 15.23; Gal 4, 5; Eph 1, 5) es la nota dominante de la piedad cristiana, en Santo Tomás?[20] Es un movimiento interior causado por el instinto divino;[21] que lleva a cumplir los deberes con Dios Padre, dirigirse con la confianza de amor filial (de adoración, glorificación y agradecimiento);[22] y al igual que Cristo, en cuanto el cristiano se ocupa en mayor modo de las cosas de su Padre, el sentimiento filial de Jesús se participa. Vayamos a los textos: «Igualmente, al decir *Padre*, el hombre se dispone afectuosamente a orar con rectitud y a obtener lo que espera. Los hijos deben imitar a sus padres y, en consecuencia, el que confiesa a Dios por Padre debe esforzarse por imitarle, evitando aquellas cosas que no le hacen semejante a Dios, y buscando las que a Dios le asemejan: *Tú me llamarás Padre, y no cesarás de caminar en pos de Mí* (Jer 3, 19). Como dice San Gregorio Niseno, "si os ocupáis de las cosas del mundo o deseáis la gloria

---

[18] «Oratio Dominica perfectissima est... In Oratione autem Dominica non solum petentur omnia quæ recte desiderare possumus, sed etiam eo ordine quo desideranda sunt: ut sic hæc Oratio non solum instruat postulare, sed etiam sit informativa totius nostri affectus»: *S. Th.*, II-II, q. 83, a. 9 c. En este artículo hay un resumen del comentario de la oración dominical, en sus distintas peticiones y algunos comentarios patrísticos.

[19] «Et quia per spiritum adoptionis quem accepimus, clamamus *Abba, pater*, ut dicitur Rom 8, 15, ideo Dominus ut ex hac spe nobis esse orandum ostenderet, suam orationem a Patris invocatione inchoavit dicens, *Pater*, *Comp. theol.*, lib. 2, c. 4 [555].

[20] Cf. J. SANTANA CRUZ, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, cit., pp. 261 s.

[21] "Movet nos Spiritus Sanctus ad hoc quod affectum quendam filialem habeamus ad deum, secundum illud Rom. VIII, accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, abba, pater. Et quia ad pietatem proprie pertinet officium et cultum patri exhibere, consequens est quod pietas secundum quam cultum et officium exhibemus Deo ut patri per instinctum Spiritus Sancti sit Spiritus Sancti donum": *S. Th., II-II, q. 121, a. 1 c.*

[22] Cf. R. SPIAZZI, *El Espíritu Santo y la perfección cristiana*, Studium, Buenos Aires 1956, p. 24.

humana, o las miserias del apetito pasible, ¿cómo, viviendo una vida de corrupción, podéis llamar Padre a quien es la fuente de la incorruptibilidad?"»[23]

Esta piedad -con la gracia santificante- excita en nuestra voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un sentido filial hacia Dios, considerado como Padre, y un sentimiento de fraternidad con todos los hombres en cuanto somos hijos del mismo Padre que está en los cielos. «Así como por la virtud de la piedad ofrece el hombre culto y veneración, no sólo al padre carnal, sino también a todos los consanguíneos, en cuanto pertenecen al padre, así el don de piedad no se limita al culto y veneración de Dios, sino que lo extiende también a todos los hombres, en cuanto pertenecen a Dios».[24]

Ya hemos visto, pero conviene recordarlo, que está implícita la doctrina de que Cristo realizó «una especie de intercambio», señala Santo Tomás: «Es decir, tomó cuerpo y alma, y se dignó nacer de la Virgen, para prodigarnos a nosotros su divinidad; se hizo hombre para hacer al hombre Dios. *Por quien tenemos entrada por la fe a esta gracia, en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios* (Rom 5, 2)».[25]

Y al manifestar el amor del Padre, se acrecienta nuestra caridad; al ser Cristo nuestro hermano, y consiguientemente nuestra lucha por la santidad tendrá un gran empuje con la consideraciónd de esta verdad, que es así motor de caridad: «Ninguna prueba hay tan patente de la caridad divina como el que Dios, creador de todas las cosas, se hiciera criatura, que nuestro Señor se hiciera hermano nuestro, que el Hijo de Dios se hiciera hijo de hombre. *De tal manera amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito* (Jn 3, 16). Consiguientemente, ante la consideración de esto ha de acrecentarse e inflamarse nuestro amor a Dios».[26]

---

[23] «Similiter etiam ex hoc quod dicitur, *Pater*, præparatur hominis affectus ad pure orandum, et ad obtinendum quod sperat. Debent etiam filii imitatores parentum existere, unde qui Patrem Deum confitetur, debet conari ut Dei imitator existat, vitando scilicet illa quæ Deo dissimilem reddunt, et his insistendo quæ nos Deo assimilant: unde dicitur Ier 3, 19: *Patrem vocabis me, et post me ingredi non cessabis. Si ergo (ut Gregorius Nyssenus dicit) ad res mundanas intuitum dirigis, aut humanam gloriam ambis, aut sordes passibilis appetitus: quomodo qui corrupta vivis vita, patrem vocas incorruptibilis genitorem?*», *Comp. theol.*, lib. 2, c. 4 [555]; la cita interna es de SAN GREGORIO NISENO, *De oratione dominica*, orat. 2 (PG 44, 1142 D-1143 A).

[24] «Sicut per pietatem quæ est virtus exhibet homo officium et cultum non solum patri carnali, sed etiam omnibus sanguine iunctis, secundum quod pertinet ad patrem; ita etiam pietas secundum quod est donum, non solum exhibet cultum et officium Deo, sed omnibus hominibus inquantum pertinet ad Deum»: *S. Th.*, II-II, q. 121, a. 1 ad 3.

[25] «Scilicet quod assumpsit corpus animatum, et de Virgine nasci dignatus est, ut nobis largiretur suam deitatem; et sic factus est homo, ut hominem faceret Deum. Rom 5, 2: *Per quem habemus accessum per fidem in gratiam istam, in qua stamus et gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei*»: *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 3 [906].

[26] «Nullum enim est tam evidens divinæ caritatis indicium quam quod Deus creator omnium factus est creatura, Dominus noster factus est frater noster, Filius Dei factus est filius hominis. Io 3, 16: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*. Et ideo ex huius consideratione amor reaccendi debet et inflamari ad Deum»: *ibid.* [907].

Estas verdades «nos impulsan a conservar pura nuestra alma», señala S. Tomás, pues: «La naturaleza humana fue tan ennoblecida y sublimada por su unión con Dios, que quedó vinculada a la suerte de una Persona divina (...) y así el hombre, considerando y recordando esta sublimación, debe rehusar envilecerse a sí mismo y su naturaleza por el pecado; escribe San Pedro: *Por él nos ha dado muy grandes y preciosas promesas, para que por ellas seamos hechos partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo* (2 Petr 1, 4)».[27]

La consideración de los misterios de la fe «encienden en nosotros el deseo de encontrarnos con Cristo», y sigue el Aquinate con el ejemplo de un rey, y el testimonio de S. Pablo: «Si uno tuviera un hermano rey, y se hallara lejos de él, desearía marchar, encontrarse y vivir con él. Siendo Cristo hermano nuestro, debemos desear estar con El, reunirnos con El: *donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (Mt 24, 28). El Apóstol sentía deseos de morir y estar con Cristo; estos deseos crecen en nosotros al considerar su Encarnación».[28]

El Señor enseñó, con insistencia, la importancia de tener siempre presente la filiación divina (cf. Ioh 16, 26-27). Uno de los pasajes más característico es su respuesta a los Apóstoles, sobre el modo en que deberán orar (cf. Mt 6, 5-10). Lo reitera con ocasión de precisar el verdadero sentido del amor al prójimo (cf. Mt 5, 43-45); e insiste: *sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48;

---

[27] «Intantum enim natura nostra fuit nobilitata et exaltata ex coniunctione ad Deum, quod fuit ad consortium divinæ personæ suscepta... Ideo homo huius exaltationem recolens et attendens, debet dedignari vilificare se et naturam suam per peccatum: ideo dicit beatus Petrus (2 Petr 1, 4): *Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit, ut per hæc efficiamur divinæ consortes naturæ, fugientes eius quæ in mundo est concupiscentiæ corruptionem*»: *ibid.* [908].

[28] «Si enim aliquis rex esset frater alicuius, et esset remotus ab eo, desideraret ille cuius frater esset rex, ad eum venire, et apud eum esset et manere. Unde cum Christus sit frater noster, debemus desiderare esset cum eo et coniungi ei: Mt 24, 28: *Ubicumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilæ*; et Apostolus desiderium habebat disolvit et esse cum Christo: quod quidem desiderium crescit in nobis considerando incarnationem eius»: *In Symbolum Apostolorum Expositio*, art. 3 [909]. Permítasenos una disgresión marginal al comentario tomasiano. Esta verdad revelada se despliega en la propia vida, tanto más cuanto más se toma conciencia de ella: así ocurre en el hombre con todos los bienes espirituales que posee. Por eso, no basta un conocimiento, por así decirlo, puramente especulativo de su realidad ontológica, de nuestro ser partícipes por la gracia de la vida íntima divina -y, por tanto, hijos de Dios-, sino que se requiere adueñarse de ella al nivel vital y operativo. Toda verdadera teología -la teología del Dios vivo, como en algún modo la metafísica- es un saber a la vez especulativo y práctico, que no termina en el conocer sino que se entraña en el vivir, o en otro caso es como si se olvidara y, así, casi no se poseyera. En suma, se trata de *una verdad que debe hacerse operativa*, por el cultivo gozoso de su consideración, por un nutrirnos de las obras apropiadas: no puede quedarse en un saber abstracto, sino que su constante y diaria meditación debe hacernos siempre más conscientes de ser hijos del Padre, hasta embeber y como apoderarse de lo más íntimo del yo e impregnar el entero modo de ver y actuar del cristiano: R. GARCIA DE HARO, *Vivir de fe, esperanza y caridad*, cit. «En effet, la vie spirituelle n'est pas autre chose que le dogme lui-même assimilé, intériorisé par la foi, l'espérance et la charité, animant de la sorte notre présence quotidienne à Dieu, à autrui et aux tâches de ce monde»: Ch. BAUMGARTNER, *Grâce*, cit., 702.

cf. Mt 23, 9), de *El toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra* (Eph 3, 15).[29]

Recordemos cuanto se ha dicho sobre el instinto del Espíritu Santo, que provoca ese afecto filial,[30] que participa del afecto filial de Cristo, que redunda en nosotros.[31] El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y esto nos hace imitarle en el amor, caminar ante el Señor, en ese afán de perfección. Como ya está dicho más arriba,[32] S. Tomás explica que el texto paulino según el cual el Espíritu Santo da testimonio interior de esta verdad: «Un extraño se convierte en hijo adoptivo de alguien cuando adquiere derecho a su herencia. El amor adquiere derecho a la herencia de Dios, que es la vida eterna: *este mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo* (Rom 8, 16-17). *Mira cómo se los ha contado entre los hijos de Dios* (Sap 5, 5)».[33]

Podemos poner la contemplación de las verdades contenidas en las peticiones del *Padrenuestro* en relación con la doctrina del Aquinate sobre la vida contemplativa, dentro de la unidad en la vida espiritual la inteligencia es amorosa

---

[29] Cf. *In Io Ev.*, c. 16; *In Mt Ev.*, c. 5; *In ad Eph.*, c. 3.

[30] «Inter cetera autem, movet nos Spiritus Sanctus ad hoc quod affectum quendam filialem habeamus ad Deum, secundum illud Rom 8, *accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus, Abba, Pater*. Et quia ad pietatem proprie pertinet officium et cultum patri exhibere, consequens est quod pietas secundum quam cultum et officium exhibemus Deo ut patri per instinctum Spiritus Sancti sit Spiritus Sancti donum»: *S. Th.*, II-II, q. 121, a. 1 c.; cf. *Comp. theol.*, lib. 2, c. 4.

[31] «*Sequitur et ambulate*, etc.. ubi primo ponit imitandi modum, quia in caritate; secundo ostendit immensæ charitatis signum, ibi et tradidit, etc.. Quod ergo simus filii carissimi, hoc facit charitas Dei. Rom 8, 15: *non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater*. Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Debemus ergo ipsum in dilectione imitari. Et dicit *ambulate*, id est semper proficite. Gen 15: *ambula coram me, et esto perfectus*. Et hoc in dilectione, quia dilectio est tale bonum in quo debet homo proficere, et tale debitum quod debet homo semper solvere»: *In ad Eph.*, c. 5, lec. 1.

[32] Cf. III. A *in fine.*

[33] «Tunc enim extraneus efficitur alicuius filius adoptivus, quando acquiritur sibi ius in hereditate illius. Sic et caritas acquirit ius in hereditate Dei, quæ est vita æterna: quia, ut dicitur Rom 8, 16-17: *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi*. Sap 5, 5: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*». *Duo præcepta caritatis*, c. 3 [1152]. Siendo tan importante el *Padrenuestro* no puede entrar la rutina al considerarlo. Con su meditación la rutina «va siendo reemplazada por un espíritu sencillo y hondo a la vez que nos lleva a sentirnos hijos de Dios y a tratarle, en consecuencia, con el cariño filial de la oración», en lo que consiste la vida contemplativa: J. SANCHO BIELSA, *Presentación*, en *Escritos de catequesis*, cit., p. 117. Por eso -recuerda el Aquinate- aconseja el Apóstol: *la palabra de Cristo more en vosotros abundantemente, con toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros* (Col 3, 16). La fe obra por el amor, *fides quæ per caritatem operatur*. Cristo, que es la bienaventuranza y camino, nos ilumina (cf. *In Io Ev.*, c. 8, lec. 2 [1145]).

y el amor está unido al conocimiento: «Mueve la voluntad a la contemplación, sensible o inteligible, no rara vez en virtud del amor a aquello que se ve, pues según dice el evangelista Mateo: *donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt 6, 21); y también por la penetración en el conocimiento que se consigue por tal contemplación. Y por eso San Gregorio pone la vida contemplativa en la *caridad de Dios*: en cuanto la persona movida por su amor a Dios se enardece en contemplar su belleza. Y, pues cualquiera se alegra cuando alcanza lo que ama, la vida contemplativa termina en el deleite, que está en el afecto: por lo cual la contemplación constituye a la vez amor».[34] Podríamos dar un paso más, y decir que la contemplación de nuestra filiación divina en el Padrenuestro lleva a un amor más perfecto a Diso, en lo que consiste la santidad.

Santo Tomás refiere el ejemplo de la Virgen, en la meditación de la palabra de Dios: «Es preciso que meditemos continuamente la Palabra de Dios que habita en nosotros, porque es necesario no sólo creerla sino meditarla; de otro modo no sería de provecho; esta meditación ayuda poderosamente en la lucha contra el pecado: *en mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti* (Ps 118, 11), y asimismo acerca del varón justo se dice: *día y noche meditará en su ley* (Ps 1, 2). Y de la Santísima Virgen está escrito que *guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón* (Lc 2, 19)».[35]

2. *«Padre nuestro, que estás en los cielos»*

Vamos ahora a hacer una brevísima exposición de algunos pasajes del Aquinate, evitando repetir otros que ya se han considerado, eligiendo los que hacen relación a algunas peticiones del Padrenuestro. Llamar a Dios *Padre* es algo que lo dice todo; una invocación a Dios que no se da en los siervos (no la usaban en el Antiguo Testamento) sino en los hijos: esa invocación excita la caridad y el sentirse muy hijos, en confianza con su Padre que además es Dios.[36] En el

---

[34] «Movet autem vis appetitiva ad aliquid inspiciendum, vel sensibiliter vel intelligibiliter, quandoque quidem propter amorem rei visæ, quia, ut dicitur Mt 6, 21, *ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*: quandoque autem propter amorem ipsius cognitiones quam quis ex inspectione consequitur. Et propter hoc Gregorius constituit vitam contemplativam in *caritate Dei*: inquantum scilicet aliquis ex dilectione Dei inardescit ad eius pulchritudinem conspiciendam. Et quia unusquisque delectatur cum adeptus fuerit in quod amat, ideo vita contemplativa terminatur ad delectationem, quæ est in affectu: ex qua etiam amor intenditur»: *S. Th.*, II-II, q. 180, a. 1.

[35] «Oportet quod Verbum Dei in nobis manens continue meditemur; quia non solum oportet credere, sed meditari; aliter non prodesset; et huiusmodi meditatio valet multum contra peccatum. Ps 118, 2: *In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi*; et iterum de viro iusto dicitur Ps 1, 2: *In lege ius meditabitur die ac nocte*. Unde de Beata Virgine dicitur Lc 2, 19, quod *conservabat omnia verba hæc conferens in corde suo»: In Symbolum Apostolorum Expositio*, a. 2 [895].

[36] «Dominus noster nihil aliud nos dicere iussit, nisi pater noster qui es in cælis. Multa quidem dicta sunt in laudem Dei; nusquam tamen invenitur præceptum populo Israel, ut dicerent Pater noster; sed est eis insinuatus ut Dominus tamquam servis. Sed de populo christiano apostolus dicit quod spiritum adoptionis accepit, in quo clamamus Abba Pater, quod non est meritorum nostrorum, sed gratiæ, quam in oratione ponimus, cum dicimus Pater. Quo nomine et caritas

Padrenuestro, decimos *que estás en los cielos* para mostrar que Dios nuestro Padre, a quien dirigimos nuestras oraciones, tiene poder para concedernos lo que esperamos, y dice que hay una «disposición pronta de la voluntad divina para socorrernos cuando lo confesamos como Padre».[37] Por tanto, la *confianza en Dios* ha de ser total, y trae a colación algunas citas bíblicas especialmente significativas: «*Como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos y existimos* (Act 17, 27-28) (...) *mas tu Providencia, oh Padre, lleva el timón* (Sap 14, 3) (...) *¿no se venden dos pájaros por un as; y no obstante ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados* (Mt 10, 29-30)».[38]

En estos pasajes, aún cuando no se citen continuamente los textos bíblicos referidos a la adopción, hay un tono de confianza en la Divina Providencia. Se refiere el Aquinate a que los hijos de Israel han de estar en las manos de Dios como está el barro en las manos del alfarero (cf. Ier 18, 6) y explica esta confianza con imágenes como: *por eso los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas* (Ps 35, 8).[39] Entre todas las cosas necesarias a quien ora, señala el Aquinate, ocupa un puesto muy destacado la confianza: *que pida con fe, sin vacilación alguna* (Jac 1, 6). Por ello el Señor, al enseñarnos a orar, comienza por los motivos que dan pie a esa confianza. «Uno es *la bondad del Padre*; y así dice: *Padre nuestro*, conforme a aquello de: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará buen*

---

excitatur: quid enim carius debet esse filiis quam pater? Et supplex affectus, cum homines dicunt Deo Pater noster; et quædam impetrandi præsumptio: quid enim non det filiis petentibus, cum hoc ipsum ante dederit ut filii essent?»: *Catena aurea in Mt*, c. 6, lec. 3; cf. *In symbolum apostolorum*, art. 8. «In quo designatur differentia Novi et Veteris Testamenti: quia Vetus Testamentum datum fuit in terrore, ut corda iudæorum, quæ prona erant ad idololatriam, terrerentur. Novum autem datum est in amore. Rom 8, 15: *non accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba Pater*. Unde et Christus non terrores in principio prædicationis suæ præmisit, sed regnum cælorum promisit. Mat 4, 17: *poenitentiam agite, appropinquabit enim regnum cælorum*. Prv ult.: *lex clementiæ in lingua eius»: In ad Hebr.*, c. 12, lec. 4 [703]. Podemos decir que el comentario del Aquinate constituye un «estudio de la filiación divina, que el Santo deduce de las palabras "Padre" y "nuestro", al presentar la oración dominical»: J.I. SARANYANA, *Nota del editor*, en *Tomás de Aquino, Escritos de catequesis*, cit., pp. 16-17.

[37] «Satis autem voluntatis divinæ promptitudinem ad iuvandum exprimimus patrem eum profitendo»: *Comp. theol.*, II, c. 6 [559].

[38] «*Non longe est ab unoquoque nostrum, in ipso enim vivimus, movemur et sumus* (Act 17, 27-28)... *Tua autem, Pater, providentia ab initio cuncta gubernat* (Sap 14, 3)... *Nonne duo passeres asse veneunt et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem et capilli capitis omnes numerari sunt* (Mt 10, 29-30)»: *ibid.*, [562]. Dios se ocupa particularmente de los hombres, a los cuales castiga o remunera por sus buenas o malas obras, y los destina a la vida eterna. Por esta razón añade el Señor: *Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados* (Mt 10, 30), porque todo lo que pertenece al hombre deberá ser restaurado, sin duda alguna, en la resurrección. Debe ser excluida, por tanto, toda desconfianza: *No tenéis, pues, que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros* (Mt 10, 31): cf. *ibid.* [563].

[39] Cf. *Ibid.* [553], citado más arriba.

espíritu a los que se lo pidan? (Lc 11, 13). El otro motivo es su *inmenso poder*; por eso dice: *que estás en los cielos*: *A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo* (Ps 122, 1)».[40]

Dice el Aquinate que estas primeras palabras ayudan «a la preparación del que ora»: «Pues está escrito: *antes de la oración prepara tu alma* (Eccli 18, 23); de forma que *en los cielos* se interprete *en la gloria celestial*, según aquello de: *Vuestra recompensa es grande en los cielos* (Mt 5, 12)».[41] Esta preparación ha de llevarse a cabo: a) por la imitación de las cosas celestiales, puesto que un hijo debe imitar a su padre. *Del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos también la del celeste* (1 Cor 15, 49). b) por la contemplación de las cosas celestiales; porque los hombres suelen dirigir sus pensamientos con frecuencia adonde está su padre y todo lo demás que aman: *Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt 6, 21). El Apóstol escribía: *Nuestra casa está en los cielos* (Philp 3, 20). c) finalmente, por el deseo de las cosas celestiales; de modo que, del que está en los cielos, sólo cosas celestes pretendamos: *Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo* (Col 3, 1).[42]

La *familiaridad* de Dios con nosotros se pone así de relieve pues «es Alguien cercano, más íntimo»; y esto suscita mucha confianza en los que oran.[43] Finalmente, las palabras *que estás en los cielos* confieren a la oración *oportunidad y acierto* cuando por cielos se entienden los bienes espirituales y eternos, en los que consiste la bienaventuranza. Señala aquí el Aquinate que «esta consideración dirige hacia las cosas celestiales nuestros deseos, que deben orientarse hacia donde se encuentra nuestro Padre»;[44] no sabemos hasta qué punto Santo Tomás se da cuenta -en esa transmisión de la tradición- de que está dando elementos para fundamentar una espiritualidad basada en la conciencia de filiación divina, que con su consideración filial se nutre la vida cristiana, en cualquier caso esas son sus palabras: «Esa misma consideración nos va configurando, de modo que nuestra

---

[40] «Unde Dominus nos orare docens, et præmittit ex quibus in nobis fiducia generetur: scilicet *ex benignitate Patris*: unde *Pater noster* dicit, secundum illud Lc 11, 13: *Si vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris; quanto magis pater vester cælestis de cælo daret spiritum bonum petentibus se?*; et *ex magnitudine potestatis*: unde dicit *Qui es in cælis*. Unde Ps 122, 1: *Ad te levavi oculos meos qui habitas in cælis*»: *In Orationem Dominicam Expositio* [1034].

[41] «Quia dicitur Eccli 18, 23: *Ante orationem præpara animam tuam*: ut intelligatur, *In cælis*, hoc est in cælesti gloria, secundum illud Mt 5, 12: *Mercedes vestra copiosa est in cælis*»: *In Orationem Dominicam Expositio* [1035].

[42] Cf. *Ibid.* [1035-1037]. Las palabras *que estás en los cielos* pueden aplicarse también a la prontitud del que escucha, pues se encuentra cercano a nosotros; de manera que *en los cielos* se interprete *en los santos*, en los cuales habita Dios según aquello de: *Tú, Señor, estás en nosotros* (Ier 14, 9). Los santos, en efecto, son denominados cielos, de conformidad con el salmo: *los cielos proclaman la gloria de Dios* (Ps 18, 2): *ibid.* [1038]

[43] Cf. *Ibid.* [1041].

[44] *Ibid.* [1043].

vida sea celestial, y nosotros, semejantes a nuestro Padre del cielo: *Como el celeste, así los celestes* (1 Cor 15, 48)».[45]

a) Adoración y petición de gloria para Dios Padre: «santificado sea tu nombre»

Los hombres son llamados a santificar el nombre de Dios, al buen cristiano «*postrado sobre su rostro, adorará a Dios, confesando que verdaderamente Dios está en medio de vosotros* (1 Cor 14, 25). Se evidencia así la certeza de la sentencia del Crisóstomo, que al comentar *santificado sea tu nombre*, ordena al orante que pida que Dios sea glorificado por medio de nuestra vida; como si dijera: haz que vivamos de tal suerte, que seamos causa de que todos los hombres te glorifiquen conforme con aquellas palabras del Señor: *sed santos vosotros, pues que Yo soy santo* (Lev 11, 44; cfr. 1 Pet 1, 16), pedimos perseverar en el estado de santidad en que fuimos constituidos por el bautismo.[46]

«En la oración dominical están incluidas todas las cosas que hay que desear, y todas aquellas de las que hay que huir. Entre todas las cosas deseables se desea más la que más se ama, y ésta es Dios. Por eso pedimos en primer lugar la gloria de Dios diciendo: *santificado sea tu nombre*».[47]

Como nuestro fin es Dios a El tiende nuestro corazón, y en cuanto deseamos su gloria amamos a Dios en sí mismo, por lo que en la primera petición decimos: *Santificado sea tu nombre*, y en ella está incluido el don de sabiduría, señala el Aquinate, que nos hace fácil y connatural querer todo y sólo lo que nos lleva a Dios.[48] El Espíritu Santo hace que nosotros amemos, deseemos y pidamos rectamente, y produce en nosotros el *temor de Dios*, el cual nos lleva a suplicar que su nombre sea santificado.[49]

b) «Venga a nosotros tu reino»

---

[45] «Quia per hoc informamur ut sit vita cælestis, ut simus conformes Patri cælesti, secundum illud I Cor 15, 48: *Qualis cælestis, tales et cælestes*»: *Ibid.*

[46] Cfr. *Comp. theol.* [572]; la cita interna: S. JUAN CRISÓSTOMO, *In Mattheum*, hom. 19, n. 4.

[47] «In oratione dominica continentur omnia quæ desiderantur, et omnia quæ fugiuntur. Inter omnia autem desiderabilia illud plus desideratur quod plus amatur, et hoc est Deus; et ideo primo petis gloriam Dei, cum dicis: *Santificetur nomen tuum.*», *In Orationem Dominicam Expositio* [1108].

[48] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 43, q. 19, a. 7. En primer lugar, señala S. Tomás, debemos honrarle: *si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?* (Mal 1, 6). Este honrar a Dios tiene tres vertientes. Con respecto al mismo Dios, alabanza: *el sacrificio de alabanza me honrará* (Ps 49, 23); hemos de ofrecerlo no sólo con la boca, sino además con el corazón: *este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (Is 29, 13). Con respecto a uno mismo, pureza de cuerpo: *glorificad y lleva a Dios en vuestro cuerpo* (1 Cor 6, 20). Con respecto al prójimo, equidad al juzgarle: *el honor del rey ama la justicia* (Ps 98, 4): cf. *In orationem dominicam* [1029].

[49] Cf. *ibid.* [1051].

CAPITULO III

«El don de piedad nos lleva a un afecto cariñoso y deferente a Dios Padre nuestro, por el que no sólo debemos respetarlo y temerle, señala el Aquinate, sino además abrigar un devoto afecto para con él, que nos impulsa a suplicar que venga el reino de Dios: *vivamos en este mundo justa y piadosamente, aguardando la feliz esperanza y la aparición de la gloria del gran Dios* (Tit 2, 12-13)».[50]

Otro modo por el que tiende nuestro corazón a Dios es el querer gozar de su gloria, y así el amor con que nos amamos a nosotros mismos en Dios lleva a la petición *Venga a nosotros tu reino*, y en ella pedimos ser conducidos a la gloria de su Reino, que pertenece al cielo, que nos da un mayor conocimiento de los misterios divinos.[51]

No se trata de un reino de riquezas materiales -que nada valen- sino que este reino está dentro del que vive como hijo de Dios: *regnum Dei intra vos est* (Lc 17, 21),[52] de quien vive con obras de justicia y cree, espera y ama.[53] Por esto, se trata de un reino fruto de la unión con Dios por el intelecto y el amor, un reino interior (cf. Lc 17, 21).[54] Este reino se alberga en el corazón: es quien por la penitencia y el bautismo tiene a Cristo en el alma (donde habita por la gracia).[55] Reino que se obtiene plenamente *in patria*, pero del que ya hay una incoación *in via* de su bienaventuranza. El Aquinate relaciona este reino con la bienaventuranza de los pobres de espíritu.[56]

Veamos unas características que S. Tomás da a este reino. En primer lugar, es este un *reino de perfecta libertad*: «La causa de esto es la identificación de la voluntad de todos con la de Dios: Dios querrá lo que los santos quieran, y los santos lo que quiera Dios; por consiguiente, al cumplirse la voluntad de Dios se

---

[50] «Et est proprie pietas, dulcis et devotus affectus ad patrem (...). Cum ergo Deus sit Pater noster, ut patet, non solum debemus eum revereri et timere, sed etiam ad eum habere debemus dulcem et pium affectum. Hic autem affectus facit nos petere quod adveniat regnum Dei. Tit 2, 12-13: *Pie et iuste vivamus in hoc sæculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei*»: *ibid.* [1051].

[51] Cf. *ibid.* [1052-1059].

[52] «Gloria enim huius mundi vana est, quia est in his quæ sunt extra hominem, puta in apparatu divitiarum et in opinione hominum. Ps 48, 7: *in multitudine divitiarum suarum gloriantur*. Sed illa gloria erit de eo quod est intra hominem, secundum illud Lc 17, 21: *regnum Dei intra vos est*»: *In ad Rom.*, c. 8, lec. 4 [654].

[53] Cf. *In ad Rom.*, c. 12, lec. 1.

[54] Cf. *In ad Rom.*, c. 14, lec. 2 [1127].

[55] Cf. *In Mt Ev.*, c. 3, lec. 1.

[56] «Et notandum quod ista præmia, quæ dominus hic tangit, possunt dupliciter haberi, scilicet perfecte et consummate, et sic in patria tantum: et secundum inchoationem et imperfecte, et sic in via. Unde sancti habent quamdam inchoationem illius beatitudinis. Et quia in hac vita non possunt explicari illa sicut erunt in patria; ideo Augustinus exponit secundum quod sunt in hac vita beati ergo pauperes spiritu: non spe tantum, sed etiam re. Lc 17, 21: *regnum Dei intra vos est*»: *In Mt Ev.*, c. 5, II [413]; cf. c. 10, lec. 1; c. 12, lec. 2.

cumplirá la de ellos. Y así todos serán reyes, porque se hará la voluntad de todos, y su corona será el Señor».[57]

Es un *reino de maravillosa abundancia*. «*No ha visto ojo alguno, salvo Tú, Dios, lo que has preparado para aquellos que te aguardan* (Is 64, 4). *El colma de bienes tus deseos* (Ps 102, 5). En sólo Dios hallará el hombre todas las cosas de un modo más sublime y perfecto que como se encuentran en el mundo. Si buscas deleites, sumo lo tendrás en Dios; si riquezas, en El hallarás la absoluta opulencia de donde manan las riquezas, y así lo demás. Agustín, en las *Confesiones*: "Cuando el alma se prostituye lejos de ti, busca fuera de ti; nada encuentra puro y limpio hasta que torna a ti"».[58]

A veces en este mundo reina el pecado, que se encuentra en el ámbito de la libertad, aunque no es la esencia de la misma: «Es Dios quien debe reinar en tu corazón: *Sión, tu Dios reinará* (Is 7, 7). Y así sucede cuando estás decidido a obedecerle y cumplir sus mandamientos todos. Por tanto, cuando pedimos que venga el reino, estamos suplicando que no sea el pecado quien reine en nosotros, sino Dios. Por medio de esta petición lograremos vivir la bienaventuranza de que habla el Evangelio: *Bienaventurados los mansos* (Mt 5, 4)...»; señala que la mansedumbre lleva a olvidar las injurias recibidas, y a no preocuparse por pérdidas de cosas del mundo, y «si pides que reine en ti Dios y Cristo, debes ser tú manso, puesto que El fue mansísimo (cf. Mt 11, 29)».[59]

c) La obediencia filial: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»

El Aquinate relaciona esta petición al don de *ciencia*, la ciencia que nos enseña el Espíritu Santo, es la de vivir bien, que es no hacer nuestra voluntad sino la de Dios. Por tanto, por este don pedimos a Dios que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. En semejante petición se pone de manifiesto el don de ciencia. Decimos a Dios *hágase tu voluntad*, esto es, que su voluntad se cumpla

---

[57] «Cuius ratio est, quia omnes erunt eiusdem voluntatis cum Deo, et Deus volet quidquid sancti volent, et sancti quidquid Deus voluerit: unde cum voluntate Dei fiet voluntas eorum. Et ideo omnes regnabunt, quia omnium voluntas fiet, et Dominus erit corona omnium»: *In Orationem Dominicam Expositio* [1056].

[58] «Is 64, 4: *Oculus non vidit, Deus, absque te, quæ præparasti expectantibus te*. Ps 102, 5: *Qui replet in bonis desiderium tuum*. Et nota quod homo inveniet omnia in solo Deo excellentius et perfectius omni eo quod in mundo quæritur, summam invenies in Deo; si divitias, ibi omnem sufficientiam invenies, propter quam sunt divitiæ; et sic de aliis. Augustinus, in Conf.: *Anima cum fornicatur abs te, quærit extra te, quæ pura et limpida non invenit, nisi cum redit ad te*»: *ibid.* [1057].

[59] «Sed debet Deus regnare in corde tuo. Is 7, 7: *Sion, regnavit Deus tuus*. Et hoc est quando paratus est obedire Deo, et servare omnia mandata sua. Cum ergo petimus quod veniat regnum, oramus quod non regnet in nobis peccatum, sed Deus. Per hanc autem petitionem perveniemus ad beatitudinem, de qua dicitur Mt 5, 4: *Beati mites*»: *ibid.* [1058-1059].

en nosotros.[60] El corazón del hombre camina derecho cuando va de acuerdo con la voluntad divina, como Cristo: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado* (Io 6, 38), señala Santo Tomás.[61] Y cuando decimos *Hágase tu voluntad*, estamos pidiendo cumplir los mandamientos de Dios, que son la voluntad de Dios, que al que ama le resulta placentera: *Ha salido la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón* (Ps 96, 11). *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (Mt 5, 48).[62]

Es en ese camino hacia la pureza de corazón que el divino instinto toma cuerpo, y eso depende de la oración, pedir a Dios que con la luz nos enseñe la verdad, como apunta el Aquinate comentando los Salmos: *Muéstrame, Señor, tus caminos*: «yo no conozco esos caminos y por tanto muéstramelos, tanto por lo que se refire al entendimento, cuanto al efecto».[63] «Pide dos bienes: luz y verdad. Con los pasos de la mente y con el conocimiento, se llega a Dios. El conocimiento necesita dos cosas: luz y objeto conocido. De aquí que pida dos cosas: luz y verdad, a la que por mis propias fuerzas no puede llegar. Por eso dice: *envía tu luz y tu verdad*. Aquí es lo mismo luz y verdad, porque simbolizan a Cristo; como si dijera: Dios Padre, envía a Cristo. La luz se toma aquí por la ley».[64] Es muy interesante ver como la acción divina penetra en las potencias del hombre y facultades operativas, y todo eso no sólo por esfuerzo humano de lucha interior sino que en primer lugar se debe a la misericordia divina que no niega su ayuda a quien la pide y confía: «Tres cosas se han de esperar de Dios, puesto que tres hay en el hombre: entendimiento, voluntad y virtud operativa. Por tanto, Dios instruye el entendimiento, satisface la voluntad y fortalece la virtud. Referente a lo primero, dice: *le dio la ley en el camino que eligió*; es decir, el hombre que teme al Señor elige el camino, a saber, el camino de servir a Dios: *servid al Señor en el temor* (Ps 2, 11); *éste es el camino, caminad en él* (Is 30, 21), y en éste instruye de qué manera ha de proceder el hombre. Jerónimo dice: *le enseñaba*, y esto lo hace refiriéndose a la ley».[65]

El Espíritu es quien mueve el corazón en la obediencia a la voluntad de Dios, la piedad de hijo se demuestra por la obediencia a este instinto filial: lo propio de los hijos es obedecer (Eph 6, 1-3).[66] El cristiano es buen hijo de Dios cuando se une a Cristo para poder con Él decir: *mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra* (Io 4, 34), cumpliendo el consejo de María

---

[60] Cf. *Ibid.* [1061].
[61] Cf. *Ibid.*, p. 143-144. Cf. *In ad Rom.*, c. 5, lec. 5 [445-445].
[62] Cf. *In Orationem Dominicam Expositio* [1065].
[63] *In Ps* 24: Vivés 18, 363.
[64] *In Ps* 42: Vivés 18, 493.
[65] *In Ps* 24: Vivés 18, 366.

[66] «Proprium filiorum est obedientia: *filii, obedite, scilicet patribus*... (Col 3, 20)»: *In ad Eph.*, c. 6, lec. 1 [337]. Cf. *In Io Ev.*, c. 14, lec. 4-5; c. 18, lec. 4; Rom 8, 14.

haced lo que él os diga (Io 2, 5): en esto consiste la santidad cristiana, pues la perfecta santidad es obedecer a Cristo en todas las cosas.[67] En esta obediencia está la felicidad del hombre, al meditar y obedecer la ley.[68] Meditación que ha de ser activa, donde intervienen las potencias del alma. El siguiente texto también es a mi entender de gran riqueza al mostrar la experiencia mística del cristiano (a pie de página se comentan algunas consideraciones al respecto).[69] Santo Tomás relaciona esta petición con la bienaventuranza del llanto de la que habla el Evangelio: *bienaventurados los que lloran, porque serán consolados* (Mt 5, 5).[70] Santo Tomás se refiere a las penalidades de esta vida, también por la lucha continua que se da entre carne y espíritu, en la cual hay luchas y derrotas, y dice que la expiación cuesta a veces lágrimas, por esto dice: «*Lavaré todas las noches* -refiriéndose a la oscuridad de los pecados- *mi lecho*, esto es mi conciencia (cf. Ps 6, 7). Los que lloran de esta manera, alcanzan la Patria. Dios nos lleve a ella».[71]

d) «Danos hoy nuestro pan de cada día»

Hay unos bienes que nos ayudan a merecer; éste es el objeto de la cuarta petición: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*, a la cual pertenece el *don de*

---

[67] Cf. *In Io Ev.*, c. 2, lec. 1 [55].

[68] Por tanto, señala el Aquinate, es el recto proceso para la felicidad, en primer lugar para someternos a Dios, y esto de doble manera: en primer lugar, por la voluntad, obedeciendo sus mandatos; y así dice: *pero en la ley del Señor, su voluntad*...; en segundo lugar, por el entendimiento, meditando continuamente; y así dice: *en su ley meditaré día y noche*, es decir, continuamente, o en ciertas horas del día y de la noche, o en la prosperidad y en la adversidad: cf. *In Ps.*, 1: Vivès, 18, 232; cf. *In Job* 22, 22: Vivès, 18, 133; *In Ps.*, 18: Vivès 18, 333-334.

[69] Señala el Aquinate: Sucede que alguno no tiene en el corazón lo que dice de palabra... no pasa así con el varón justo, que dice lo que siente porque tiene grabada en su memoria la ley de Dios por la meditación, y en su voluntad por el amor. Por esto dice: *la ley de su Dios en su corazón*, es decir, habla y medita la ley y el juicio: cf. *In Ps.*, 36: Vivès 18, 454. A través de la obediencia accedemos a la gloria, según el consejo del Apóstol (cf. Rom, 12, 2). Se trata de renovarse interiormente para conocer la voluntad de Dios y conformarse a ella amándola. Por esa conformidad de nuestra voluntad con la suya nos salvaremos (cf. *In ad Rom.*, c. 5, lec. 6 [465-467]; c. 6, lec. 4 [515]). La «obediencia de la fe» tiene un sentido de respuesta personal, y de misión a ejemplo de Cristo: «...sumus missi ut faciamus homines fidei obedire»: *In ad Rom.*, c. 1, 4 [62]: Se trata de conocer la voluntad del Padre y obedecerle, a ejemplo de Cristo. «Aquel que sufrió la prueba interior de preferir la voluntad de Dios a la suya, como fue el caso de Abraham, pudo comprobar por propia experiencia que la voluntad de Dios era mejor y más clara y descubrió lo que podía ser el amor divino (...). Toda la vida de Cristo, de acuerdo con los Evangelios, está regida por la obediencia amante de la voluntad del Padre y (...) el tema manifestado allí se mantiene en el trasfondo de toda la Biblia. En su lectura, verá todo un conjunto de textos aproximarse y converger hacia la voluntad del Padre, como las limaduras bajo la atracción del imán, la petición del Padrenuestro (...) se convertirá en algo operativo en su inteligencia y en su vida»: S. PINCKAERS, *El Evangelio y la moral*, Eiunsa, Barcelona 1992, p. 78; cf. Hebr 12, 5-9 y comentarios de S. Tomás.

[70] Cf. *In Orationem Dominicam Expositio* [1069].

[71] «Ps 6, 7: *Lavabo per singulas noctes*, idest obscuritates peccati, *lectum meum*, idest conscientiam meam. Et qui sic plorant, perveniunt ad patriam, ad quam nos perducat Deus»: *In Orationem Dominicam Expositio* [1069].

fortaleza a través del cual el Espíritu Santo nos mueve a llevar a término la obra comenzada y evitar todos los peligros que amenazan.[72] En cambio, hay que aspirar a los bienes espirituales y no dejarse encadenar por la inquietud de los temporales, desear sólo *lo esencial para la vida del hombre, pan y agua* (Eccli 29, 28); *teniendo comida y con qué cubrirnos, contentémonos con ello* (1 Tim 6, 8).[73] Por esto pedimos *el pan nuestro*, es decir los bienes útiles. Es un vicio nefasto la preocupación excesiva de las cosas de este mundo: «Algunos se inquietan en el momento presente por lo que será a largo plazo de sus asuntos temporales; los que actúan así, jamás hallan sosiego. *No andéis preocupados, diciendo: ¿Qué comeremos?, ¿qué beberemos, ¿con qué nos cubriremos?* (Mt 6, 31). Cristo nos enseña a pedir que *hoy* se nos dé nuestro pan, es decir, lo que es necesario para el momento actual».[74]

Hay además otros *dos* panes: el pan del sacramento y el de la palabra de Dios. «Pedimos, pues, nuestro pan sacramental, el que a diario se confecciona en la Iglesia, para que así como lo recibimos sacramentalmente, nos sea de provecho para la salvación. *Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo* (Io 6, 51) (...). El otro pan es la palabra de Dios. *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4, 4). Pedimos, pues, que nos dé ese pan, esto es, su palabra. Con ello alcanza el hombre la bienaventuranza del hambre de justicia. En efecto, las cosas espirituales, precisamente cuando se poseen, es cuando con más fuerza se desean; de este deseo nace el hambre, y del hambre el poder saciarse».[75]

e) La misericordia divina: «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»

Dentro de los medios que nos llevan al cielo están los que nos apartan de los obstáculos, que son el pecado, la tentación y las penalidades de la vida presente. Para evitar el pecado pedimos: *Perdónanos nuestras deudas*, y en esta petición también incluye S. Tomás el *don de ciencia* por el que se tiene juicio recto y se

---

[72] Cf. *ibid.* [1070].

[73] Cf. *ibid.* [1072].

[74] «Nam aliqui sunt qui hodie sollicitantur de rebus temporalibus quæ erunt usque ad unum annum: et qui hoc habent, numquam quiescunt. Mt 6, 31: *Nolite solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur?*. Et ideo Dominus docet nos petere quod *hodie* detur nobis panis noster, idest ea quæ sunt nobis necessaria ad præsens tempus»: *In Orationem Dominicam Expositio* [1078].

[75] «Petimus ergo panem nostrum sacramentalem, qui quotidie in Ecclesia conficitur; ut sicut illud accipimus in sacramento, ita detur nobis ad salutem. Io 6, 51: *Ego sum panis vivus qui de cælo descendi*... Item alius panis est verbum Dei. Mt 4, 4: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*. Petimus ergo ut det nobis panem, idest verbum suum. Ex hoc autem provenit homini beatitudo quæ est fames iustitiæ. Nam postquam spiritualia habentur, magis desiderantur; et ex hoc desiderio provenit fames, et ex fame satietas vitæ æternæ»: *Ibid.* [1079].

puede discernir las cosas de fe de las que no lo son.[76] Esta petición es también consecuencia de la fraternidad entre los hermanos: «*El que dice que ama a Dios, pero odia a su hermano, es un embustero* (1 Io 4, 20). En efecto, quien dice amar a alguien, pero odia a los hijos o miembros de éste, miente. Y todos los fieles somos hijos y miembros de Cristo: *vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro* (1 Cor 12, 27). Por tanto, quien odia al prójimo, no ama a Dios».[77]

Por esto se relaciona el amor y el perdón humano con el divino (cf. Mt 6, 14), y hay que perdonar enseguida: «Si no perdonas a quien te pide perdón, pecas (...) la perfección está en adelantarte tú a atraer al otro»,[78] y dice S. Tomás que una razón es conservar la propia categoría, la mayor dignidad posible, que es la filiación divina: «La categoría mayor para un hombre consiste en ser hijo de Dios, y el distintivo de ésta es amar a los enemigos: *amad a vuestros enemigos..., para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 44-45). En cambio, querer a un amigo no vale como señal de la filiación divina, porque esto lo hacen también los publicanos y los gentiles (cf. Mt 5)».[79] Destaca este punto central del Evangelio, por la claridad de su exposición y fuerza.

Señala que esta es una gran victoria, el perdonar (cf. Rom 12, 21), y además se saca el provecho del amor (cf. Rom 12, 20): «no existe mayor incitación al amor -dice con palabras de S. Agustín- que adelantarse a amar. Nadie hay tan duro que, si no está dispuesto a dispensar cariño, rehúse al menos corresponder»[80] Relaciona con el don del consejo esta petición del Padrenuestro, pues por este don obedecemos a Dios en todo,[81] y señala este don lleva -para obtener el perdón de los pecados- a la limosna y a la misericordia; «por ello el Espíritu Santo enseña a los pecadores a pedir y suplicar: *perdónanos nuestras*

---

[76] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 45, a. 2 ad 2.

[77] «I Io 4, 20: *Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est*. Qui enim dicit se diligere aliquem, et filium eius vel eius membra odio habet, mentitur. Omnes autem fideles filii et membra Christi sumus. Apostolus, I Cor 12, 27: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro*. Et ideo qui odit proximum, non diligit Deum»: *Duo præcepta caritatis, De dilectione proximi* [1172].

[78] «Dictum est, quod tu peccas, si non parcis veniam postulanti; et quod perfectionis est, si tu eum ad te revocas, licet non tenearis»: *Ibid.* [1188].

[79] «Inter omnes autem dignitates maior est quod quis sit filius Dei. Huius autem dignitatis signum est, si diligis inimicum: Mt 5, 44-45: *Diligite inimicos vestros, ut sitis filii Patris vestri qui in cœlis est*. Si enim diligis amicum, non est hoc signum filiationis divinæ: nam publicani et ethnici hoc faciunt, ut dicitur Mt 5»: *Ibid.*

[80] «Augustinus: "nulla maior provocatio ad amorem, quam prævenire amando. Nullus enim est ita durus, qui etsi dilectionem nolit impendere, nolit tamen rependere»: *Ibid.* [1190]. Cf. Eccli 6, 15; Prv 16, 7. Y todo ello a ejemplo de Cristo, que en la cruz exclamó: *Padre, perdónalos* (Lc 23, 34). Y señala S. Tomás que el perdón de S. Esteban pidiendo por sus enemigos reportó un gran beneficio a la Iglesia: la conversión de Pablo: cf. *ibid.*

[81] Cf. *S. Th.*, II-II, q. 45, a. 2, ad 3; q. 8, a 6.

deudas...».[82] Y es que en el momento en que el pecador pide perdón, alcanza la misericordia, señala S. Tomás: «En el momento en que la pidas, podrás obtener misericordia, si la imploras con arrepentimiento. En una palabra, si de esta petición nace el temor, también la esperanza; porque todos los pecadores que se arrepienten y confiesan, consiguen misericordia».[83]

Es este un punto central, un requisito para ser gratos a Dios: «Se exige como requisito de parte nuestra que perdonemos al prójimo las ofensas recibidas de él. Por eso se dice: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. De otra forma Dios no nos perdonaría. *¿Guarda ira el hombre al hombre, y pide remedio a Dios?* (Eccli 28, 3). *Perdonad y seréis perdonados* (Lc 6, 37). Por tanto, únicamente hay arrepentimiento en esta petición cuando se agrega: *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Si no perdonas, pues, no se te perdonará a ti».[84]

Esto «consiste en conceder el perdón a quien lo pide: *perdona a tu prójimo que te hizo daño, y entonces, cuando tú lo pidas, serán perdonados tus pecados* (Eccli 28, 2). A esta petición -sigue diciendo S. Tomás- corresponde otra bienaventuranza: *bienaventurados los misericordiosos*; efectivamente, la misericordia hace que nos compadezcamos del prójimo».[85]

f) «No nos dejes caer en la tentación»

Esta petición lleva al hijo de Dios a la vigilancia (cf. Mt 26, 41).[86] Analiza también el Aquinate *en qué consiste el salir de la tentación bien librado.* «Sobre

---

[82] *In Orationem Dominicam Expositio* [1080].

[83] «In quacumque ergo die petes, poteris consequi misericordiam, si roges cum poenitentiæ peccati. Si igitur ex hac petitione consurgit timor et spes: quia omnes peccatores contriti et confitentes, misericordiam consequuntur»: *Ibid.* [1084].

[84] «Ex parte nostra requiritur ut nos dimittamus proximis nostris offensas factas nobis. Unde dicitur: *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*: aliter Deus non dimitteret nobis. Eccli 23, 3: *Homo homini servat iram, et a Deo quærit medelam*. Lc 6, 37: *Dimitte et dimittemini*. Et ideo solummodo in ista petitione ponitur contritio, cum dicitur: *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*. Si ergo non dimittis, non dimittentur tibi»: *Ibid.* [1088]. Este perdón está apropiado a la labor del Espíritu Santo, por el que Cristo habita en nosotros: «remissio ergo peccatorum, quam tota Trinitas facit, proprie ad Spiritum Sanctum dicitur pertinere: ipse enim est Spiritus adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba Pater, ut ei possimus dicere: *dimitte nobis debita nostra*. Et hinc cognoscimus, sicut dicit Ioannes, quoniam Christus manet in nobis, de Spiritu Sancto quem dedit nobis»: *Catena aurea in Mt.*, c. 12, lec. 9. «Et ideo dicit Spiritus Sancti, id est, quam Spiritus Sanctus facit. Ps 103, 30: *emitte Spiritum tuum*, etc. Item est regeneratio per Spiritum. Gal 4, 6: *misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba Pater*. Rom 8, 15: *non accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba Pater*. Sed hunc spiritum dat Deus Pater, quem effudit in nos abunde, ut designet copiam gratiæ in baptismo; unde fit plena peccatorum remissio»: *In ad Tit.*, c. 3, lec. 1 [93].

[85] *In Orationem Dominicam Expositio* [1091]. p. 159.

[86] *Ibid.* [1095]. Dios no quiere el mal, señala el Aquinate, pero en cierto modo se puede decir que a veces prueba, y así tentó Dios a Abraham (cf. Gen 22), a Job... Y por el mismo motivo

este punto conviene notar que Cristo nos enseñó a pedir no que no seamos tentados, sino que no caigamos en la tentación (...) *dichoso el hombre que soporta la prueba, porque una vez aquilatado recibirá la corona de la vida* (Iac 1, 12) (...) nos enseña a pedir que no caigamos en la tentación por el consentimiento».[87]

Es el amor el arma que mantiene firme la dignidad del hijo de Dios y que le impide pecar, y que pone en su Padre su confianza diciéndole: *cuando flaqueen mis fuerzas no me abandones* (Ps 70, 9).[88] Y relaciona S. Tomás esta petición con el don del entendimiento, por el que conseguimos vencer la tentación y tener la bienaventuranza de ver a Dios, por la pureza de esta luz en el corazón: «Esto lo conseguimos por el don de *entendimiento*. Y como, cuando no consentimos en la tentación, conservamos el corazón limpio, y de otra parte leemos: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8), se deduce que por este camino llegaremos a verle. Dios nos guíe a tal contemplación».[89]

g) «Más líbranos del mal»

Dice el Aquinate que, como el tercer modo de apartarnos del cielo es el mal presente, que hace que suframos tribulaciones y penalidades, pedimos: *líbranos del mal*, en la que incluye el don de temor de Dios, que perfecciona la actuación del hombre haciéndole apreciar y querer la abundancia de medios que Dios nos da, rechazando nuestros pecados en cuanto son obstáculos de su acción generosa.[90] De la meditación de esta verdad se aprende a amar la voluntad de Dios, y tener una confianza filial. «Por ello no decimos, "líbranos" de la tribulación, sino "del mal", pues las tribulaciones son corona de los santos, y así

---

envía con frecuencia sufrimientos a los justos, para que soportándolos pacientemente pongan de manifiesto su virtud y adelanten en ella. *Os tienta el Señor Dios vuestro, para que se vea claro si lo amáis o no* (Dt 13, 3). De este modo tenta Dios, pues; incitando al bien: cf. *ibid.* [1093]. El diablo tiene cierto dominio sobre las personas humanas, que con él tenemos entablada dura pelea (cf. Eph 6, 12; 1 Thes 3, 5): cf. *ibid.* Es esto de experiencia universal, lo mismo que su método. Cf. *ibid.* [1096-1097]. También el mundo tienta, por ejemplo con un afán desmesurado y excesivo de bienes temporales: *La raíz de todos los males es el ansia* (1 Tim 6, 10): *Ibid.*, p. 163. *ibid.* [1098].

[87] «Circa quod sciendum est, quod Christus docet nos rogare non ut non tentemur, sed ut non inducamur in tentationem... Iac 1, 12: *Beatus vir qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ*. Et ideo docet petere ut non inducamur in tentationem per consensum»: *Ibid.* [1099].

[88] Cf. *ibid.* [1099-1100].

[89] «Hoc autem habemus per donum intellectus. Et quia cum non assentimur tentationi, servamus cor mundum, de quo Mt 5, 8: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*: ideo ex hoc pervenimus ad visionem Dei, ad quam nos perducat»: *ibid.* [1101].

[90] *Ibid.* [1102]. Dios convierte en bien las pruebas y tribulaciones; El espíritu de la filiación divina, hondamente sentido, impregna toda la fisonomía sobrenatural del cristiano, y en la oración confiada al Padre se aquietan los deseos; se ve en todos los acontecimientos un designio divino, para los que viven en amistad con Dios: *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (Rom 8, 28). Cf. A. CHACHON, *La libertad creada y el fin,* cit., pp. 105-108. Cf. *De Veritate,* q. 5, a. 4 ad 11.

se glorían en ellas (...). Así pues, Dios libra al hombre del mal y de las tribulaciones convirtiéndolas en bien; lo cual es señal de la mayor sabiduría, ya que es distintivo del sabio enderezar al bien el mal; se consigue esto soportando aquéllas con paciencia. Las demás virtudes tienen por objeto bienes; la paciencia, males; por eso únicamente es necesaria en el mal, es decir, en las contrariedades: *La formación de un hombre se conoce por su paciencia* (Prv 19, 11)».[91]

En los momentos de dificultad, en la prueba, el Espíritu Santo nos enseña a pedir esta paciencia mediante el don de *sabiduría*, señala S. Tomás, que asocia esta petición y este don a la bienaventuranza de los pacíficos que nos hace hijos de Dios. «De esta manera alcanzamos la bienaventuranza de la paz, pues por medio de la paciencia logramos la paz tanto en las prosperidades como en las desgracias; y así, los pacíficos son llamados hijos de Dios por ser semejantes a Él, porque como a Dios nada puede perjudicarle, del mismo modo a ellos ni lo próspero ni lo adverso les causa daño: *Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios* (Mt 5, 9)».[92]

Se ha abierto en la historia la división entre ascética y mística, entre estas ciencias hermanas, o más bien nombres de una misma ciencia de la teología espiritual, que tampoco es separable de la teología moral que trata de la vida cristiana, como tampoco de la teología de la gracia, en cuanto a la cosa. En la pedagogía conviene distinguir según acostumbra S. Tomás, pero sin perder el sentido unitario que vemos en el Aquinate: la vida ascética no es sólo actividad psíquica -en cuanto empeño moral consciente-, ni la vida mística un reino de la pasividad -en cuanto abandono a fuerzas inconscientes, incluso sobrenaturales-, sino que van unidas. Hay por supuesto grados de desarrollo de la vida sobrenatural, pero no hay etapas claras.[93] Hay una mayor sensibilidad del cristiano a medida que avanza en su vida espiritual, es obvio: «además de la unidad entitativa del viviente, la vida posee siempre también una cierta unidad

---

[91] «Et ideo non dicit, *Libera nos* a tribulatione, sed *a malo*: quia tribulationes sunt sanctis ad coronam; et inde est quod gloriantur de tribulationibus... Liberat ergo Deus hominem a malo et tribulationibus, eas in bonum convertendo; quod est signum maximæ sapientiæ, qui sapientis est malum ordinare in bonum; et hoc fit per patientiam, quæ habetur in tribulationibus. Ceteræ vero virtutes bonis utuntur, sed patientia malis; et ideo solum in malis, idest in adversitatibus, est necessaria: Prv 19, 11: *Doctrina viri per patientiam noscitur*.», *In Orationem Dominicam Expositio* [1105]. Cf. la perfección de la libertad por el buen obrar y su creciente deterioro por el pecado: acción fundante de Dios en el acto libre, la causalidad final en nuestros actos, como apropiación o rechazo de la moción divina: A. CHACON, *La libertad creada y el fin*, cit., pp. 110-160; Sobre la esclavitud del pecado y su proceso, 161-202, y sobre la perfección de la libertad por la gracia y lucha interior, pp. 203-228.

[92] «Et per hoc pervenimus ad beatitudinem ad quam ordinat pax, quia per patientiam pacem habemus et in tempore prospero et adverso: et ideo pacifici dicuntur filii Dei, qui sunt similes Deo, quia sicut Deo nihil nocere potest, ita nec eis, quia nec prospera nec adversa; et ideo *beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*, Mt 5, 9»: *Ibid.* [1106]s.

.

[93] Cf. A. MILANO, *L'istinto nella visione del mondo di San Tommaso d'Aquino*, cit., p. 213.

dinámica, derivada de la conexión entre los principios inmediatos de operaciones y, sobre todo, de la finalidad última a la que se dirige ese operar, que necesariamente es única».[94] Lo importante es poner bien el fundamento a la teoría, un fundamento sólido: sólo el amor es capaz de unificar la totalidad de la vida humana con sus múltiples y diversas manifestaciones.[95] «Ama y haz lo que quieras», dirá el Aquinate con palabras de S. Agustín.[96] La falta de armonía que vino con el pecado de Adán,[97] hay que recomponerla con Cristo[98] y en toda la vida de la gracia el hijo de Dios vive «bajo el régimen de los Dones, que es la vida de la gracia en su verdadero desarrollo y progreso o la vida mística, en otros términos. De ahí que la vocación a la vida mística sea una vocación universal para toda alma justa, y no una panacea de unas cuantas almas privilegiadas».[99]

En el cielo será posesión perfecta de los dones, que «perfeccionan la mente para seguir la moción del mismo Espíritu, lo cual tendrá lugar sobre todo en el cielo, cuando *Dios sea todo en todas las cosas* (1 Cor 15, 28), y cuando el hombre estará completamente sometido a Dios».[100]

En resumen, Santo Tomás es un punto de referencia claro en los documentos magisteriales, en este punto es determinante, porque ha sabido recoger en su doctrina la elaboración teológica anterior y su doctrina se mantiene plenamente fiel al dato revelado y al testimonio de la tradición, en cuanto que la moción del Espíritu Santo es una realidad en la vida de la gracia, y así como están presentes sus dones en el alma humana de Cristo lo están también en la de todo cristiano en gracia, y le llevan a la santidad mediante la docilidad a esas mociones del Paráclito. Y todo gira en torno a la doctrina revelada -que explica también como instinto del Espíritu Santo- que se puede resumir en la expresión *los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* (Rom 8, 14).

---

[94] I. CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, cit., p. 323, donde cita a S. Tomás: «impossibile est pluries ultimos fines unius hominis ad invicem non ordinatos» *S. Th.*, I-II, q. 1, a. 5, s. c.; cf. *ibid.*, c. A ese artículo nos remitimos para un desarrollo ulterior de este concepto cristiano (pp. 321-340).

[95] Cf. *S. Th.*, I-II, q. 73, a. 1, ad 3.

[96] SAN AGUSTIN, *In Epist. Ioannis ad Parthos*, 7, 8: PL 35, 2033.

[97] Cf. I-II, q. 82, a. 4, ad 1.

[98] *S. Th.*, I-II, q. 74, a. 3, ad 2.

[99] M. FERRERO, *Naturaleza de los dones*, en RET 5 (1945), 586; Cf. BEATO J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 308.

[100] *S. Th.*, I-II, q. 68, a 6 c.